

Elecciones y garantías

Las democracias se sostienen cuando están bien diseñadas y le otorgan garantías a todos los actores, incluso a aquellos que aún perdiendo saben que pueden obtener algún tipo de representación política. ¿Por qué la democracia venezolana es tan inestable en estos momentos? Si seguimos la lógica anterior, simplemente porque no le otorga garantías ni a ganadores ni a perdedores. Los chavistas no confían en que una vez que salgan del gobierno (por cualquiera de las vías) van a poder participar ni obtener representación política y porque los partidos políticos de la oposición perciben (y lo saben) que bajo el actual esquema no tienen garantías de acceder al poder en un futuro. Toda una tragedia para la consolidación de cualquier sistema democrático.

De modo que un arreglo institucional que intente solventar este problema, que va mucho más allá de la presencia del actual gobierno, debe atacar esta situación a través de la creación de garantías para todas las partes. La creación de estas garantías no es un asunto de llamar a elecciones únicamente, sino de crear arreglos institucionales que le aseguren a los perdedores que aún sin ganarlas van a poder obtener algún tipo de influencia y representación política. La

sostenibilidad y estabilidad del sistema político venezolano, que todos aspiramos tenga un contenido democrático, pasa por entender las consecuencias de aceptar estas premisas; las mismas no nos dicen que hay unos que son mejores que otros, ni que hay unos que tienen más razón que otros, lo único que nos dice es que las garantías no son palabras sino la creación de instituciones que salvaguarden los derechos de aquellos grupos que puedan, por razones circunstanciales, estar en una posición de minoría.

Este es el gran dilema que enfrentan los políticos, tanto del chavismo como los de la coordinadora, cuando se encuentran en una situación en la que políticamente ninguno puede imponerse sobre el otro. Quien lo haga está destinado al fracaso. Pensar en que la transición, como algunos comienzan a llamar al momento histórico que estiman se aproxima, es tan sólo una cuestión de elecciones, es decir, de medirse para ver quien es más popular, es simplemente demostrar una gran miopía y no haber aprendido absolutamente nada de lo que hemos pasado durante los últimos tres años, sobre todo a partir de la elección de la Asamblea Nacional Constituyente, que supuso que con 54% de los votos un grupo político obtuviera 93% de la representación para diseñar las reglas constitucionales. Algo que resultó, por un mal diseño del sistema electoral –avalado incluso por grupos de la sociedad civil que luchaban por la uninominalidad–, verdaderamente desastroso para la estabilidad política del país.

Por el contrario, resolver la crisis, para lograr consolidar la democracia venezolana, supone pensar que el problema es primero de garantías y luego de elecciones. Estabilizar políticamente el país supone aceptar –más allá de los odios personales y los miedos que se puedan sentir– que no hay *tabula rasa* posible, y que por el contrario,

sólo la creación de las garantías electorales y de las instituciones que las respalden son las claves para alcanzar la convivencia ciudadana. En otras palabras, tener una comprensión cabal del actual momento pasa por aceptar que quizá el chavismo no es un error histórico, algo que no tuvo causa alguna, sino que más bien es una realidad política con la que hay que lidiar inteligentemente, sin poner a prueba valores básicos que protejan nuestro sistema democrático.

Es peligroso el momento que vivimos pero hay que enfrentarlo para salvar la democracia, sin tapujos, pero la violencia arrecia. Para alejar la violencia hay que comenzar por hacer una lectura política y no sólo ideológica de la coyuntura. Las garantías son simples: no permitir que la Fuerza Armada sea utilizada como árbitro y que seamos capaces de volver a crear un control civil sobre ellas, reformar el Consejo Nacional Electoral para asegurar su imparcialidad y capacidad técnica y rescatar el principio de la proporcionalidad dentro del sistema electoral, limpiar el registro electoral, obligar a la convocatoria de un referéndum, no sólo como una posibilidad, sino como un hecho consumado a través de un decreto presidencial (que puede ser parte de una negociación) o de un simple acto legislativo. Ponerle un horizonte temporal definitivo con garantías electorales a la crisis –no una simple promesa de referéndum– es lo único que puede disolver las tensiones. Algo que las organizaciones internacionales vienen insistiendo y que pareciera no obtener mucho eco dentro de la clase política, que ante la polarización, no termina de ver las consecuencias de los dilemas que enfrentan.

Estabilizar políticamente el país supone aceptar –más allá de los odios personales y los miedos que se puedan sentir– que no hay *tabula rasa* posible, y que por el contrario, sólo la creación de las garantías electorales y de las instituciones que las respalden son las claves para alcanzar la convivencia ciudadana.